

DISCUSIÓN CON BAKUNIN

Gregory Maximov



GREGORY MAXIMOV

CONVERSACIONES SUPUESTAS CON BAKUNIN

Edición digital: C. Carretero

PRESENTACIÓN

Presentamos esta pequeña recopilación del pensamiento de Bakunin realizado por Gregori Maximov en forma de conversación imaginaria, en la que las respuestas del revolucionario ruso están extraídas de sus múltiples escritos.

Toda selección de este tipo estará siempre inevitablemente influida por el recopilador, el cual reconducirá la “conversación” por derroteros de su especial interés, que coincidirán o no, con los intereses del lector.

No obstante la validez y el interés de la selección dependerá de su habilidad para captar la esencia del pensamiento de la persona “entrevistada”.

Podemos afirmar que esta compilación es un síntesis bastante buena de los escritos de Bakunin. Es por eso que se convierte en una vía efficacísima para acceder al pensamiento del anarquista ruso.

Ha sido extraída del libro Bakunin, crítica y acción, editado en Argentina en marzo de 2006. Una recopilación de textos, realizada por Frank Mintz, y que recomendamos vivamente.

Confederación Sindical Solidaridad Obrera

NOTA EDITORIAL

Muere Bakunin y llega al infierno; allí, por supuesto, es recibido por el demonio en persona quien lo condecora por su inmensa labor atea y anticlerical. Luego es enviado a un sector de privilegios, libre de torturas y malos tratos. A los pocos días una insurrección violenta se desata en ese sector, la cual, al ser aplastada por las huestes infernales, se descubre que fue impulsada por el viejo Bakunin.

Como castigo es trasladado a un sector normal en donde se producen toda clase de tormentos. A los pocos días, en una inspección, el demonio descubre que los castigos ya no se producen: el sector está en huelga en solidaridad con los trabajadores expulsados del primer sector.

Así es que Bakunin es trasladado al pozo más profundo del averno en donde las condiciones de calor extremo y tormento permanente -confía el diablo-lo tendrán entretenido. Con el correr de los días una inmensa columna de demonios de toda laya asciende desde el fondo del averno con banderas rojinegras y cánticos espeluznantes.

Reclaman: jornada laboral de 8 horas, vacaciones pagadas, y equiparación de los sueldos con el primer sector.

Vencido el demonio resuelve enviar a Bakunin al cielo, pues así mataría dos pájaros de un tiro: volvería a tener control absoluto del averno y le generaría a dios un caos en el paraíso.

Ansioso por reír ante dios, a los quince días asciende el demonio y se presenta a las puertas del paraíso. Allí se encuentra un inmenso cartel que dice: "Paraíso Colectivizado"; debajo de él, se encuentra San Pedro con un gorro rojinegro y un fusil al hombro.

Al verlo el demonio se le acerca y le pregunta:

-¿Qué tal, San Pedro, cómo van las cosas por acá?

San Pedro responde:

-Todo tranquilo.

Nuevamente el demonio:

-¿No ha venido por aquí un tal Mijail Bakunin?

- Sí, así es, está dentro ¿por qué?

- Solo quería saber si dios ha tenido con él algún problema.

San Pedro toma de los hombros al demonio y le dice:

- ¡Me extraña compañero, si todo el mundo sabe que dios no existe!

Red Libertaria Argentina

PRIMERA CONVERSACIÓN:
SOBRE LA REVOLUCIÓN SOCIAL

El tema de nuestra charla de hoy por hoy será la revolución. Comenzaremos por su delimitación. ¿Qué entiende usted con el término de "revolución"? ¿Qué revolución?

Las revoluciones no son un juego de niños, ni un debate académico en que se matan únicamente las vanidades, ni un torneo literario en el que sólo se vierte la tinta. La revolución es la guerra, y quien dice guerra dice destrucción de hombres y de cosas. Sin duda alguna es molesto para la humanidad que no se haya inventado aún un medio más pacífico de progreso, pero hasta la fecha cualquier paso novedoso en la historia se hizo verdaderamente sólo tras el bautizo de la sangre. Además, la reacción nada tiene que reprochar al respecto a la revolución. Ella siempre vertió más sangre que ésta. (OB, p. 20-21)

La revolución es el derrumbe del Estado (EKG, p. 38).

Pero se suele distinguir entre dos suertes de revolución: la revolución política y la revolución social. ¿Qué es para usted la revolución social?

[A fin de dar una presentación clara de mi concepción de la revolución social, voy a contarles un episodio de la guerra franco-alemana de 1870]: Es verdad que en una reunión de la izquierda, el 23 o el 24 de agosto, reunión en la que participaban Thiers y algunos miembros progresistas del centro izquierda, tras expresar la izquierda su intención de derribar el ministerio y Thiers rogarle que no hiciera nada semejante, al final éste preguntó: "¿Pero, por fin, con qué lo sustituirá, qué hombres pondría en el gabinete?", una voz, no sé de quién, respondió: "No habrá ya gabinete, el gobierno se confiará a toda la nación armada actuando a través de sus delegados" lo que, a menos de no tener ningún sentido, sólo puede significar: una Convención nacional revolucionaria y limitada -no una Constituyente legalmente y regularmente integrada por delegados de todas las comarcas de Francia-sino una Convención exclusivamente compuesta de delegados de las ciudades que hayan hecho la revolución. No sé a quién perteneció esta voz loca que vino a sonar en medio de este consejo de sabios. ¿Tal vez era el asno de Balaam [\(1\)](#), alguna montura inocente de ese gran profeta Gambetta? Pero es cierto que, esta vez también, el burro habló mejor que el profeta... Lo que dicho burro anunciaba y proponía, no era ni más ni menos que la revolución social... (LF, pp. 29-30)

¿Y la revolución política?

Toda revolución política, que no tiene otra finalidad inmediata y directa que la igualdad económica sólo es, desde el punto de vista de los intereses y de los derechos populares, una reacción hipócrita y encubierta. (LP, p. 213)

¿Significa eso, para usted, que la revolución política no es obligatoriamente social: una y otra deben cumplirse al mismo tiempo?

Según la opinión casi unánime de los socialistas alemanes, la revolución política debe preceder a la revolución social, lo que para mí es un gran y fatal error, porque toda revolución política que se haga antes, y, por lo tanto, fuera de la revolución social, será necesariamente una revolución burguesa, y la revolución burguesa no puede servir más que para producir a lo sumo un socialismo burgués; o sea que tiene que desembocar infaliblemente en una nueva explotación, más hipócrita y más sabia quizá, pero no menos opresiva del proletariado por la burguesía. (LF, p. 88)

¿Cuál es el contenido de la revolución social? ¿Cuál es su programa?

Es precisamente ese sistema antiguo de la organización por la fuerza con lo que la Revolución social debe acabar devolviendo su plena libertad a las masas, a los grupos, a las comunas (2), a las asociaciones, a los mismos individuos, y destruyendo, de una vez por todas, la causa histórica de todas las violencias, el poderío y la existencia misma del Estado, que debe arrastrar con su caída todas las iniquidades del derecho jurídico, con todas las mentiras de los cultos diversos, ese derecho y esos cultos que no fueron más que la consagración obligada, tanto ideal como real, de todas las violencias representadas, garantizadas y privilegiadas por el Estado. (CP, p. 414 y Vol. 8, p.297)

[...] abolición de toda explotación y de toda opresión política o jurídica o administrativa y gubernamental, es decir hacia la abolición de todas las clases por medio de la nivelación económica de todas las riquezas y hacia la abolición de su último apoyo, el Estado.

Tal es el programa de la revolución social. (EA, ed. 2004, p. 60)

¿Cuál debe ser el carácter de la revolución social: nacional, internacional o universal?

[Existe un] carácter universal de la revolución social [...] La revolución social, por tanto, no puede ser una revolución aislada de una sola nación; es, en su esencia, una revolución internacional,... (EA, ed. 2004, p. 24 y p. 60)

¿Por qué razones la revolución social tiene que ser obligatoriamente internacional?
¿No puede ser victoriosa en los límites de un país?

En la organización actual política, jurídica, religiosa y social de los países más civilizados, la emancipación económica de los trabajadores es imposible y por consiguiente, para alcanzarla y realizarla, habrá que destruir todas las instituciones actuales: Estado, Iglesia, Forum jurídico, Banca, Universidad, Administración, Ejército y Policía, que no son en efecto sino otras tantas fortalezas edificadas por el privilegio contra el proletariado; y no basta con derribarlas en un país, es preciso desmantelarlas

en todos los países, porque desde la formación de los Estados modernos en los siglos XVII Y XVIII, existió entre todas esas instituciones, a través de las fronteras de todos esos países una solidaridad creciente y una muy fuerte alianza internacional. (PA, p. 79-803)

¿De qué manera, en este caso, se puede realizar la revolución: por un complot internacional, por una insurrección o por qué otro medio?

[...] las revoluciones no se improvisan. No las hacen arbitrariamente ni los individuos ni aun las poderosas asociaciones. Independientemente de toda voluntad y de toda conspiración, son llevadas siempre por la fuerza de los acontecimientos. Se las puede prever, algunas veces presentir su aproximación, pero jamás acelerar la explosión. (P. I.)

En este caso el papel del individuo en la revolución es absolutamente inexistente y, además, no veo el interés de la organización, por ejemplo, de la Internacional obrera. Desde este punto de vista, es del todo inútil.

[En lo que concierne el papel del individuo en la revolución, la cuestión se plantea así]: "El tiempo de las grandes individualidades políticas ya pasó. Mientras se trataba de hacer revoluciones políticas, tenían su razón. La política tiene por objeto la fundación y la conservación de los Estados; pero quien dice Estado, dice dominación de un lado y supeditación del otro. Las grandes individualidades dominantes son pues absolutamente necesarias en la revolución política; en la revolución social, no sólo son inútiles, sino que son positivamente nocivas, e incompatibles con el fin que se propone esta revolución, o sea la emancipación de las masas. Hoy por hoy en la actividad revolucionaria como en el trabajo, la colectividad debe reemplazar las individualidades. (CAI, p. 308)

[En cuanto a la organización, es indispensable] con el objeto de que, cuando la revolución, llevada por la fuerza de los acontecimientos, haya estallado, se encuentre una fuerza real que sepa lo que ella debe hacer y por eso mismo, capaz de apoderársela y de darle una dirección verdaderamente saludable para el pueblo. Una organización internacional sería de las asociaciones obreras de todos los países, capaz de reemplazar este mundo político de los Estados y de la burguesía, que comienzan a desaparecer. (PI,)

¿Cuál es la condición primera y fundamental de la aparición de la revolución social?

Es la bancarrota general -pública y privada-que comienza: la primera condición de la revolución social y económica (EA, ed. 2004, p. 38)

¿Qué hay que hacer para acelerar el momento de la revolución social?

[...] los Estados no se derrumban por sí mismos; no podrán ser destruidos más que por la revolución de todos los pueblos y de todas las razas, por la revolución social internacional.

Organizar las fuerzas del pueblo para realizar tal revolución, he ahí el único fin de los que desean sinceramente la libertad [...] (EA, ed. 2004, p. 56)

Si como lo dice usted, la revolución no depende de la voluntad y del deseo de un individuo, si ella madura de por sí, entonces el planteo es saber qué factores favorecen precisamente esa maduración. ¿Acaso será la miseria, el descontento, la desesperación de las masas? Me hago la pregunta porque de conocer nosotros estos factores de maduración, podemos influir en ellos, reforzando su acción y aproximando el momento de la revolución social.

En cuanto a la disposición revolucionaria en las masas obreras -no hablo naturalmente ahora de algunos individuos excepcionales-, no depende sólo de un grado más o menos grande de miseria y de descontento, ni tampoco de la fe o de la confianza que las masas obreras tienen en la justicia y en la necesidad del triunfo de su causa. Desde que existieron sociedades políticas, las masas estuvieron siempre descontentas y siempre miserables, porque todas las sociedades políticas, todos los Estados, tanto republicanos como monárquicos, desde el comienzo de la historia hasta hoy, fueron fundados exclusivamente y siempre, con estadios de distintas opresiones, sobre la miseria y el trabajo forzado del proletariado. Por lo tanto, tanto como los disfrutes materiales, todos los derechos políticos y sociales siempre estuvieron del lado de las clases privilegiadas; las masas laboriosas siempre participaron de los sufrimientos concretos y de los desprecios, las violencias de todas las sociedades materialmente organizadas. De ahí un eterno descontento.

Pero este descontento muy pocas veces produjo revoluciones. Vemos inclusive pueblos que están abocados a una miseria excesiva, y que, no obstante, no se mueven. ¿A qué se debe? ¿Estarán satisfechos de su posición? De ninguna manera. Proviene de que no tienen el sentimiento de su derecho, ni la fe en su propio poder; y por no tener ni ese sentimiento, ni esa fe, permanecen durante siglos siendo esclavos impotentes. (LF, pp. 79-80)

[Con masas obreras desorganizadas y decapitadas, es imposible alcanzar la revolución. Estas masas] pacerán la hierba, y azotadas por el hambre, trabajarán como locas para enriquecer a los patrones. ¡Cómo esperar pues una revolución de las masas populares reducidas a semejante posición! (LF, p. 84)

Pero la miseria más terrible, aunque afecte a millones de proletarios, no es aún un recurso suficiente para una revolución. El hombre está dotado por naturaleza de una paciencia maravillosa y que lo impulsa, es verdad, a menudo a la desesperación, y el diablo sabe hasta qué grado puede soportarlo todo cuando, junto a la miseria que lo condena a privaciones inauditas y a una muerte lenta por inanición, es compensado aún por una estupidez, por una dureza de sentimientos, por una ausencia completa de toda conciencia de su derecho y por una paciencia tal y una obediencia imperturbable que distinguen, entre todos los pueblos, sobre todo a los hindúes orientales y a los alemanes. Un hombre dotado así no resucitará jamás: morirá, pero no se despertará.

Pero cuando es llevado a la desesperación, su rebelión se vuelve entonces más probable. La desesperación es un sentimiento agudo y apasionante despertado por el

sufrimiento obtuso y semisomnoliento y presupone al menos un cierto grado de comprensión de la posibilidad de una mejor situación que no confía, sin embargo, alcanzar.

En fin, es imposible quedar demasiado largo tiempo en la desesperación; impulsa al hombre bien pronto sea a la muerte, sea a la acción. ¿Pero a qué acción? Evidentemente, a la de la emancipación y a la de la conquista de mejores condiciones de existencia. Incluso el alemán en la desesperación cesa de ser razonador; sin embargo, hacen falta muchos insultos de toda especie, muchas vejaciones, sufrimientos y males antes de que sea impulsado a la desesperación.

Pero la miseria y la desesperación no bastan aún para suscitar la revolución social. Son capaces de promover [rebeliones individuales], motines locales, pero no bastan para levantar masas enteras. Para llegar a eso, es indispensable poseer un ideal común a todo el pueblo; desarrollado históricamente desde las profundidades del instinto del pueblo; educado, ampliado y esclarecido por una serie de fenómenos significativos y de experiencias severas y amargas, es necesario tener una idea general de su derecho y una fe profunda, apasionada, religiosa si se quiere, en ese derecho. Cuando tal ideal y tal fe se encuentran con la miseria que los lleva a la desesperación, entonces la revolución social es inevitable, está próxima y ninguna fuerza podrá resistirla. (EA, ed. 2004, pp. 40-41, con una leve corrección a partir del original ruso entre corchetes.)

Deduzco de su respuesta que la iniciativa de la revolución social corresponderá al pueblo, a los obreros y a los campesinos, ¿porque son los elementos más explotados de la sociedad actual?

Esta pasión que quiebra los obstáculos y que crea mundos nuevos se encuentra exclusivamente en el pueblo. Por tanto corresponderá al pueblo, sin contestación alguna, la iniciativa del mundo nuevo. (FSA, p. 53)

[...] pero para que los campesinos se subleven, es preciso que la iniciativa del movimiento revolucionario sea tomada por los obreros de las ciudades, porque únicamente los obreros unen hoy por hoy, al instinto, la conciencia esclarecida, la idea, la voluntad reflexionada de la revolución social. Por lo tanto, todo el peligro que amenaza la existencia de los Estados es únicamente concentrado hoy por hoy en el proletariado de las ciudades. (LF, pp. 78-79)

Si, como lo dice, el proletariado "concentra en sí el instinto, la conciencia clara, la idea y la toma de conciencia de la voluntad de revolución social" ¿es entonces necesario para la revolución que los obreros comiencen al mismo tiempo que los campesinos?

En nombre del socialismo revolucionario organicemos al proletariado de las ciudades y, al hacerlo, unámoslo en una misma organización preparatoria con el pueblo del campo. La sublevación del proletariado de la ciudad no basta; con eso sólo tendríamos una revolución política que motivaría necesariamente en contra suya la reacción natural, legítima, de las poblaciones del campo, y esta reacción, o simplemente la indiferencia de los campesinos, ahogaría la revolución de las ciudades, como sucedió últimamente en Francia. Únicamente la revolución universal es bastante fuerte como

para derribar y quebrar el poder organizado del Estado, sostenido con todos los recursos de las clases ricas. Pero la revolución universal es la revolución social, es la revolución simultánea del pueblo del campo y del de las ciudades. Esto es lo que es preciso organizar, porque sin una organización preparatoria, los elementos más poderosos se vuelven impotentes y nulos. (CAI, p. 303)

A pesar del hecho que los campesinos son ignorantes, supersticiosos, creyentes, sometidos a la influencia de los sacerdotes, conservadores y ardientes partidarios de la propiedad privada, usted considera, sin embargo, indispensable de reunirles en una única organización con los obreros. ¿Por qué? ¿Depende realmente de los campesinos la revolución social?

El principal argumento de los obreros de las ciudades en contra de los campesinos es la codicia de éstos, su grosero egoísmo y su apego apasionado a la propiedad individual de la tierra. Los obreros que les reprochan todo eso deberían preguntarse primero: ¿y quién no es egoísta? ¿Quién en la sociedad actual no es codicioso, en el sentido de que se aferra furiosamente al escaso bien que ha podido recoger y que le garantiza, en la anarquía* económica actual y en esta sociedad que no tiene piedad para quienes se mueren de hambre, su existencia y la de los suyos? ¡Los campesinos no son comunistas, es verdad, temen, odian a los "repartidores" (4), porque tienen algo que conservar, al menos en su imaginación, y la Imaginación es una gran potencia, que no se suele tener bastante en cuenta en la sociedad! Los obreros, cuya inmensa mayoría no posee nada, tienen infinitamente más propensión hacia el comunismo que los campesinos; nada más natural: el comunismo de los unos es tan natural como el individualismo de los otros -no hay motivo para jactarse de ello, ni despreciar a los demás-siendo tanto unos como otros, con todas sus ideas y todas sus pasiones, los productos de medios diferentes que los engendraron. Y además, ¿son todos comunistas los mismos obreros?

No se trata por lo tanto de oponerse a los campesinos, ni de denigrarlos, se trata de establecer una línea de conducta revolucionaria que supere las dificultades y que no sólo impida al individualismo de los campesinos empujarles hacia el partido de la reacción, sino que al contrario sirva para hacer triunfar la revolución.

Recordemos bien, estimados amigos, y repitámoslo cien veces, mil veces en el día, que del establecimiento de esta línea de conducta depende forzosamente el resultado: el triunfo o la derrota de la revolución [...]

[El] terrorismo de las ciudades se ejerce contra los campesinos. Es el medio por excelencia, preferido por todos nuestros amigos, los obreros de las grandes ciudades de Francia, que no se percatan y ni siquiera sospechan que han tomado este instrumento de revolución, iba a decir de reacción, en el arsenal del jacobinismo revolucionario, y que si por desgracia se sirven de esta herramienta, se matarán a sí mismos, más todavía, matarán la misma revolución. ¿Cuál será en efecto la consecuencia inevitable, fatal? Toda la población del campo, 10 millones de campesinos, se pasará al otro lado robusteciendo con sus masas formidables e invencibles el bando de la reacción.

En este campo, como en muchos otros aún, considero como una verdadera felicidad, para Francia y para la revolución universal, la invasión de los prusianos. De no haber habido esta invasión y de hacerse la revolución en Francia sin ella, los mismos socialistas franceses habrían intentado una vez, y por cuenta propia esta vez, hacer una revolución de Estado. Sería perfectamente ilógico, sería fatal para el socialismo, pero lo habrían intentado seguramente, tan empapados y presumidos como lo son de los principios del jacobinismo. Por consiguiente, entre otras medidas de salud pública decretadas por una Convención de los delegados de las ciudades, habrían tratado sin lugar a dudas de imponer el comunismo o el colectivismo a los campesinos. Habrían alzado y armado toda la masa de campesinos contra ellos, y para reprimir la rebeldía, estarían obligados de valerse de una inmensa fuerza armada, bien organizada, bien disciplinada. Darían un ejército a la reacción, y engendrarían, formarían militares reaccionarios, generales ambiciosos en su propio seno. Con la máquina del Estado consolidada, les caería pronto el maquinista del Estado, el dictador, el emperador. Todo eso les habría sucedido infaliblemente, porque está en su lógica, no en la imaginación caprichosa de un individuo, sino en la lógica de las cosas, y esta lógica nunca se equivoca. (LF, pp. 52-54) [Así es como la revolución social depende de los campesinos.]

¿Qué habría pues que hacer para que el campesinado esté del lado de la revolución, y no de la reacción?

Sólo hay un medio de revolucionar tanto el campo como las ciudades. ¿Y quién lo puede hacer? La única clase que lleva hoy en día realmente, francamente, la revolución en su seno: la clase de los trabajadores de las ciudades. ¿Pero cómo harán los trabajadores para revolucionar el campo? (EKG, p. 24)

Hay que mandar al campo, como propagadores de la revolución, cuerpos de voluntarios. [...] los cuerpos de voluntarios propagadores tienen que ser, ellos mismos, inspirados y organizados por la revolución. Deben llevar la revolución en su pecho, para poder provocarla y suscitarla en derredor suyo. Luego, deben fijarse un sistema, una línea de conducta conforme a la meta que se proponen.

¿Cuál es esta meta? No es imponer la revolución al campo, sino provocarla y fomentarla. Una revolución impuesta, sea por decretos oficiales, sea por la fuerza, no es la revolución, sino lo contrario de la revolución, porque provoca necesariamente la reacción. Al mismo tiempo, los cuerpos de voluntarios deben presentarse al campo como una fuerza respetable y capaz de hacerse respetar; no para imponerle la violencia -qué duda cabe-, sino para quitarle las ganas de mofarse de ellos y de maltratarlos, antes de escucharlos, lo que podría pasar seguramente con los propagandistas individuales no acompañados por una fuerza respetable. Los campesinos son algo groseros, y los temperamentos zafios se dejan fácilmente llevar por el prestigio y las manifestaciones de la fuerza, incluso para rebelarse contra ella más tarde, si dicha fuerza les impone condiciones demasiado contrarias a sus instintos y a sus intereses. (EKG, p. 29)

¿Significa eso, de acuerdo con sus palabras, que la revolución en determinadas condiciones puede cesar de ser la revolución?

[Pero] la revolución ya no es la revolución, cuando en lugar de provocar la libertad en las masas, suscita la reacción en su seno. El medio y la condición, sino el objeto principal de la revolución, es la aniquilación del principio de la autoridad en todas sus manifestaciones posibles, es la abolición completa del Estado político y jurídico, porque el Estado, hermano menor de la Iglesia, como bien lo demostró Proudhon, es la consagración histórica de todos los despotismos, de todos los privilegios, la razón política de todas las supeditaciones económicas y sociales, la esencia misma y el centro de toda reacción. Cuando en nombre de la Revolución se quieren apoderar del Estado, aunque sea el Estado provisional, se crea la reacción y se obra por el despotismo, no por la libertad; por la institución del privilegio contra la igualdad. Es tan claro como la luz del día. (EKG, p. 30)

A mi parecer, es evidente que la revolución social, brotando de la quiebra del viejo mundo, será espantosa tanto para las cosas como los individuos. ¿No habrá otro camino hacia la liberación del pueblo?

Por lo que se refiere a los que verdadera y sinceramente quieren la emancipación [completa] de las masas del pueblo éstos irán con nosotros por la vía de la revolución social, porque no existe otra vía que pueda llevar a la conquista de la libertad del pueblo. (EA, ed. 2004, p. 71, con una incorporación a partir del original ruso entre corchetes.)

¿Cuándo y cómo pues se puede saciar la sed de revolución social?

[...] no puede ser satisfecha más que con la caída de la violencia estatista, ese último refugio de los intereses burgueses. Por consiguiente, ningún Estado, por democráticas que sean sus formas, incluso la república política más roja, popular sólo en el sentido mentiroso conocido con el nombre de representación del pueblo, no tendrá fuerza para dar al pueblo lo que desea, es decir la organización libre de sus propios intereses de abajo a arriba, sin ninguna ingerencia, tutela o violencia de arriba, porque todo Estado, aunque sea el más republicano y el más democrático, incluso el Estado pseudopopular, inventado por el señor Marx, no representa, en su esencia, nada más que el gobierno de las masas de arriba a abajo por intermedio de la minoría intelectual, es decir de la más privilegiada, de quien se pretende que comprende y percibe mejor los intereses reales del pueblo que el pueblo mismo. (EA, ed. 2004, p. 31)

¿Puede llevarse a cabo la revolución social únicamente por la destrucción? Algunos anarquistas, apoyándose en su lema de "la pasión de la destrucción es una pasión creadora (6), piensan que su acción (destruir y construir) es la de las próximas generaciones. ¿A su parecer tienen razón o no?

Esa pasión negativa, sin embargo, está lejos de ser suficiente para elevarse a la altura de la causa revolucionaria; pero sin ella esta última sería [inconcebible], imposible, porque no puede haber revolución sin una destrucción extensiva y apasionada, una destrucción [salvadora] saludable y fecunda puesto que es de ella, y solamente por ella, de donde surgen y nacen mundos nuevos. (EA, ed. 2004, p. 36, con una leve corrección a partir del ruso entre corchetes.)

Su respuesta me parece algo confusa. Quiero saber si los anarquistas pueden basarse únicamente sobre la destrucción, sin descuidar lo que se creará de la destrucción, dicho de otro modo, ¿hace falta ir a la destrucción, sin tener plan de construcción del nuevo régimen social?

Nadie puede querer destruir sin tener por lo menos una remota imaginación, real o falsa, del orden de cosas que debería a su parecer suceder al que existe actualmente; y cuanto más viva está en él dicha imaginación, más poderosa se vuelve su fuerza destructora; y cuanto más se acerca a la verdad, o sea está más en armonía con el desarrollo necesario del mundo social actual, más saludables y útiles se hacen los efectos de su acción destructora. En efecto la acción destructora está siempre determinada, no sólo en la esencia y en el grado de intensidad, sino también en los modos, las vías y los medios que emplea, por el ideal positivo, que constituye su inspiración primera, su alma. (PA, pp. 66-67)

Si la revolución social lleva en sí no sólo la libertad, sino la muerte y la destrucción, ¿puede disponer de medios morales y valerse de los mismos?

Tratemos de convertir, pongo el caso, al socialismo a un noble que codicia la riqueza, a un burgués que quisiera ser noble o a un obrero que no aspirara con todas las fuerzas de su alma a otra cosa que ser burgués ¡Convertir asimismo a un aristócrata de la inteligencia, real o imaginaria, a un sabio, un "medio sabio", un cuarto, un décimo, una centésima parte de un sabio que, lleno de ostentación científica y sólo porque han tenido a menudo la dicha de haber comprendido más o menos bien algunos libros, están llenos de desprecio arrogante por las masas iletradas y se imaginan que están llamados a formar entre ellos una nueva casta dominante, es decir explotadora!

No hay razonamiento ni propaganda alguna que consigan ser capaces de convertir a esos desdichados. Para convencerlos no hay más que un medio: es el hecho, la destrucción misma de la posibilidad de situaciones privilegiadas, de toda dominación y de toda explotación; es la revolución social que barriendo todo lo que constituye la desigualdad en el mundo, los moralizará al forzarlos a buscar su felicidad en la igualdad y en la solidaridad. (PI.)

[Así es, desde nuestro punto de vista, la moral social revolucionaria] "un gran acto de justicia, indispensable para fundar la organización de la sociedad de modo racional y igualitario. (EA7)

¿Qué le da, francamente, tal seguridad sobre el próximo triunfo de la revolución social?

Es verdad que las crueles experiencias por las que fueron condenadas a pasar no fueron todas perdidas para las masas. Esas experiencias crearon en su seno una suerte de conciencia histórica y de ciencia tradicional y práctica, que les sirve muchas veces de ciencia teórica. Por ejemplo, uno puede estar seguro hoy día de que ningún pueblo de Europa occidental se dejará enredar ni por un charlatán religioso o mesiánico, ni por ningún hipócrita político. También se puede decir que la necesidad de una revolución económica y social se nota fuertemente hoy por hoy, en las masas

populares de Europa, hasta las menos civilizadas. Eso es precisamente lo que nos da confianza en la victoria próxima de la Revolución social. De no haberse manifestado el instinto colectivo de las masas tan clara, profunda, resueltamente en ese sentido, nadie entre los socialistas del mundo, por más genial que fuese, habría sido capaz de sublevarlas.

Los pueblos están preparados, sufren mucho, y además, empiezan a comprender que ya no están en absoluto obligados a sufrir, y, hastiados de dirigir neciamente su aspiración hacia el cielo, no están ya dispuestos a mostrar mucha paciencia en la tierra. Las masas, en una palabra, hasta independientemente de toda propaganda, se han vuelto conscientemente socialistas. La simpatía universal y profunda que la Comuna de París ha encontrado en todos los países, sí, es una prueba.

Pero las masas son la fuerza, por lo menos el elemento esencial de toda fuerza. ¿Qué les falta pues para derribar un estado de cosas que aborrecen? Les faltan dos cosas: la organización y la ciencia. Ambas precisamente, hoy por hoy constituyen, y siempre han constituido el poder de todos los gobiernos. (PA, pp. 82-83)

Notas

[1](#) Personaje bíblico que cambiaba totalmente gracias a este animal.

[2](#) En la visión de Bakunin la "comuna", equivalente jurídico francés del sector poblado más pequeño en una región o comarca, tiende a seguir el ejemplo de la Comuna de París, o sea un municipio administrado por los mismos ciudadanos.

[3](#) En la edición rusa de que se servía Maximov, esta cita aparece en "La organización de la internacional", artículo anónimo de L'Almanach de Génève pour 1872. De hecho una nota de Jarales Guillaume (VI, pp. 78-79) explica que este artículo es una parte del texto de Bakunin, con algunas palabras de más, que no cambian el sentido.

[4](#) Apodo dado por la derecha a los socialistas.

[5](#) Por no seguir totalmente el texto original, la traducción de Abad de Santillán sirve poco; Bakunin Obras completas, tomo I, pp. 123-124.

[6](#) Véase la nota 2.

[7](#) Retraducido del ruso, porque Maximov reescribió esta cita a partir de extractos, desgraciadamente la paginación del tomo I de las obras en ruso es errónea. Además una búsqueda informática en cirílico palabra por palabra no dio nada, excepto relaciones entre las páginas 226 y 362; otra búsqueda en el CD Rom de las obras fue también infructuosa.

*La palabra anarquía es utilizada por Bakunin indistintamente en el sentido proletario y en el sentido burgués del término. Recordemos que Reclús, aún no la ha definido como la más alta expresión del orden

FUENTES DE LAS CITAS:

Obras en la editorial Stock de James Guillaume y Max Nettlau, seis volúmenes, designados por I, II, etc. Obras en Champ Libre, de Arthur Lehning, nueve volúmenes designados por 1, 2, etc. La Comuna de París y la noción del Estado sólo aparece con ese título en las ediciones rusa y española y en el libro de Fernand Rude De la guerre à la Commune. Este texto se intitula "Segunda entrega del Imperio knuto-germánico" en II y Vol. 8, siendo esta última edición la más completa.

CAI: Circulares a mis amigos de Italia, 1871, 2.

CP: La Comuna de París y la noción del Estado, 1871.

EA: Estatismo y anarquía, 1873, 4.

EKG: El Imperio knuto-germánico y la revolución social, 1871, 8.

FSA: Federalismo, socialismo, antiteologismo, 1867, 1.

INI: La instrucción integral, 1869, V.

LE: Los adormecedores, 1869, V.

LF: Carta a un francés, 1870, 7.

LP: Cartas sobre el patriotismo, I.

OB: Los Osos de Berna y los Osos de San Petersburgo, 1870, II.

PA: Protesta de la Alianza, 1871, VI.

PI: La política de la Internacional, 1869, I.

PR: Programa Obchtchestva Mejdunarodnoy Revolutsiia [programa de la sociedad Internacional de la revolución] 1871, texto en ruso.

SEGUNDA CONVERSACIÓN:

SOBRE LA ACCIÓN DURANTE LA REVOLUCIÓN Y LA GUERRA CIVIL

Durante la última discusión hemos esclarecido la revolución social; para nuestra discusión de ahora, quisiera explicar la cuestión de la acción de los anarquistas en la revolución, sus tácticas y su relación con la guerra civil. Deseo por consiguiente preguntarle: ¿cuál debe ser la táctica de los anarquistas en la revolución? Y en relación con ese problema, le planteo otro. ¿En el momento revolucionario, es preciso, como ya lo hicieron y se están preparando para hacerlo numerosos anarquistas, cuidar más la pureza del aspecto anarquista, es decir agitar ampliamente el estandarte de los principios teóricos, negándose a la acción práctica que de un modo u otro posibilitaría transformar los principios en acciones?

[Durante la tormenta revolucionaria] Hablemos poco de revolución, pero hagamos mucho de revolucionario. En ese momento dejemos a otros el cuidado de desarrollar teóricamente los principios de la revolución social, y contentémonos con aplicarlos ampliamente, encarnarlos en los hechos.

Quienes entre mis aliados y amigos me conocen bien, se sorprenderán tal vez de que use ahora este lenguaje, yo, que hice tanta teoría, y que me mostré siempre un guardián celoso y empeinado de los principios. ¡Ah! Ya cambiaron los tiempos; entonces, hace apenas un año, nos preparábamos para la revolución, que esperábamos unos más temprano, otros más tarde-y ahora, pese a lo que digan los ciegos, estamos en plena revolución. En aquel entonces era preciso mantener alta la bandera de los principios teóricos, exponer pulcramente esos principios en toda su pureza, con el fin de formar un partido, por reducido que fuera, pero compuesto únicamente de hombres que fueran sincera, plena, apasionadamente apegados a esos principios, de manera que cada uno, en tiempo de crisis, pudiera contar con todos los demás. Ahora no se trata más de reclutar. Hemos conseguido formar, a duras penas, un pequeño partido, pequeño en relación con el número de hombres que adhieren con pleno conocimiento, pero inmenso en relación con sus adherentes instintivos, en relación con esas masas populares cuyas necesidades representa mejor que cualquier otro partido. Ahora tenemos que embarcarnos juntos por el océano revolucionario, y en adelante debemos propagar nuestros principios no ya con palabras, sino con hechos, porque son la más popular, poderosa e irresistible de las propagandas. (LF, p. 51)

Por lo que he entendido, usted recomienda la política de callar los principios, al menos, en determinadas circunstancias. ¿En qué situaciones y en qué circunstancias se debe aceptar ese silencio?

Callemos algunas veces nuestros principios cuando la política, o sea cuando nuestra debilidad momentánea de cara a un gran poder contrario lo exija, pero seamos siempre sumamente consecuentes en los hechos. Toda la salvación de la revolución está en ello. (LF, pp. 51-52)

Le voy a plantear una cuestión sumamente importante sobre la táctica durante la revolución. Esta cuestión me viene de los marxistas, que se ponen a copiar el método de los jacobinos, a los que copian los bolcheviques. ¿Deben los socialistas revolucionarios y los anarquistas, en cierto modo, imitar a los jacobinos durante la revolución?

Los revolucionarios socialistas de hoy día no tienen nada o casi nada que imitar de los procedimientos revolucionarios de los jacobinos de 1793. La rutina revolucionaria los perdería. Deben actuar sobre la marcha, deben crearlo todo. (LF, p. 52)

En periodos revolucionarios hay que tratar problemas sumamente importantes y complejos, fundamentales para la revolución, como la cuestión llamada del "poder revolucionario". La experiencia enseña que en todas las revoluciones el "poder revolucionario" se planteó inmediatamente y esa misma experiencia indicó que ese poder resultó no sólo poco activo, sino que obstaculizaba la revolución. ¿Cómo explica usted que todos los poderes revolucionarios del mundo hicieran tan poca revolución, cuál es la causa?

La principal razón de por qué todas las autoridades revolucionarias del mundo hicieron tan pocas revoluciones es que siempre quisieron hacerlas ellas mismas, con su propia autoridad y con su propio poder, lo que trajo siempre dos resultados, primero menguar con creces la acción revolucionaria, porque es imposible incluso para la autoridad revolucionaria más inteligente, más enérgica, más sincera, abarcar muchos planteamientos e intereses a la vez. Cualquier dictadura, tanto individual como colectiva, en tanto que integrada por varios personajes oficiales, por ser necesariamente muy limitada, muy ciega, es incapaz de penetrar en las profundidades, ni de abrazar toda la amplitud de la vida popular, así como es imposible para el más poderoso buque medir la profundidad y la amplitud del océano. Segundo, porque todo acto de autoridad y de poder oficial, legalmente impuesto, despierta necesariamente en las masas un sentimiento de rebelión, una reacción. (LF, p. 52)

¿Qué es lo que las autoridades revolucionarias no deben hacer para permitir que la revolución se extienda y fortalezca?

No deben hacerla ellas mismas por decretos, no imponerla a las masas, sino provocarla en las masas. No deben imponerles una organización cualquiera, sino, suscitando su organización autónoma de abajo arriba, trabajar bajo cuerda, con la ayuda de la influencia individual sobre los individuos más inteligentes y más influyentes de cada localidad, para que esa organización sea lo más posible conforme a nuestros principios. Todo el secreto de nuestro triunfo está en eso.

Que esa obra encuentre inmensas dificultades, ¿quién puede dudarlo? ¿Pero quién pensará que la revolución sea un juego para niños que se puede llevar a cabo sin vencer innumerables dificultades? (LF, pp. 51-52)

¿No cree usted que tal vez ese "poder revolucionario" podría no proceder como usted lo recomienda? La experiencia histórica muestra que cualquier poder tiende a

mantenerse, y esa tendencia, como lo sabe, conducirá al fin de la revolución. Le pregunto si cree que ese poder revolucionario podrá obrar como usted lo desea.

Sólo temería yo expresar esta convicción si mañana se estableciera un gobierno y un consejo legislativo, un parlamento, exclusivamente compuestos de obreros. Esos obreros, que son hoy día firmes demócratas socialistas, se convertirían pasado mañana en aristócratas resueltos, adoradores -atrevidos o tímidos- del principio de autoridad, opresores y explotadores. (OB, II, p. 39)

[...] somos realmente enemigos de toda autoridad, porque sabemos que el poder corrompe tanto a los que están investidos de él como a los que están obligados a someterse. Bajo su influencia nefasta, los unos se convierten en tiranos vanidosos y codiciosos, en explotadores de la sociedad en provecho de sus propias personas o de su clase, los otros en esclavos. (EA, ed. 2004, p. 161)

Así, nada de legislación exterior y nada de autoridad. (EKG, p. 104)

Si las cosas son tales como lo dice, la cuestión es cuáles deben ser las relaciones con el "poder revolucionario", que sin duda alguna se esforzará por "suplantar -según usted- a las masas populares en tanto que poder oficial"?

Los burgueses de Praga [...] infinitamente más moderados que los husitas del campo, en 1419 tiraron por las ventanas, según la antigua costumbre de ese país, a los partidarios del emperador Segismundo, cuando ese infame perjurio, ese asesino de Juan Hus y de Jerónimo de Praga, tuvo la audacia insolente y cínica de presentarse como competidor de la corona vacante de Bohemia. ¡Un buen ejemplo a seguir! Es así como habrá que tratar; para la emancipación universal, a todas las personas que quieran imponerse como autoridades oficiales a las masas populares, bajo cualquier máscara, bajo cualquier pretexto y denominación que sea. (EKG, pp. 76, 77)

Usted recomienda no seguir en ningún caso a los jacobinos de la revolución francesa de 1793, eso significa que usted se opone a la pena de muerte y al terror revolucionario, al terror rojo aplicado a los burgueses y a los contrarrevolucionarios. Observo en sus respuestas la sombra de una contradicción: aconseja no seguir a los jacobinos, está en contra del terror, luego dice que hay que hacer como los burgueses de Praga... ¡Pero es el terror! ¿Cómo se explica usted?

[Hay que diferenciar el terror espontáneo de las masas, que se manifiesta durante el proceso de la lucha, dejándolo espontáneamente al día siguiente de la victoria, del terror organizado de la institución jurídica. El terror de los burgueses de Praga entra en el primer caso, el terror de los jacobinos en el segundo]... queridos amigos, lo que tienen que buscar, al mismo tiempo que la organización de los obreros en las ciudades, es el medio a emplear para romper el hielo que separa el proletariado de las ciudades del pueblo del campo, para unir y organizar esos dos pueblos en uno único ...todas las otras clases deben desaparecer de su suelo, no como individuos, sino como clases. El socialismo no es cruel, es mil veces más humano que el jacobinismo, quiero decir que la revolución política. El socialismo no tiene nada en contra de las personas, hasta de las más traicioneras, sabiendo muy bien que todos los individuos, buenos o malos, no

son más que el producto fatal de la posición social que la historia y la sociedad les crearon. Los socialistas, es verdad, no podrán por cierto impedir que en la primera racha de su furor el pueblo haga desaparecer unos centenares de individuos entre los más odiosos, los más encarnizados y los más peligrosos, pero pasado ese huracán, se opondrán con toda su energía a la carnicería hipócrita, política y jurídica, organizada con sangre fría.

El socialismo hará una guerra inexorable a las "posiciones sociales", no a los hombres. Una vez destruidas y quebradas esas posiciones, desarmados y privados de todos los medios de acción, los hombres que las ocuparon se volverán inofensivos y mucho menos poderosos, lo afirmo, que el más ignorante obrero, porque su potencia actual no radica en sí mismos, en su valor intrínseco, sino en su riqueza y en el apoyo del Estado.

(CAI, p. 302)

Estoy del todo de acuerdo que es necesario llevar un combate contra "las situaciones sociales" y no contra la gente. Pero en esas situaciones hay precisamente gente para defenderlas. Oponerse a las situaciones sociales sólo es posible cuando las clases poseedoras están vencidas físicamente. La idea que usted presenta de que las clases, condenadas a desaparecer por la historia, dejarán dócilmente el escenario histórico, es irrealizable. Indudablemente, como lo muestra la experiencia histórica, ellas defenderán con rabia sus posiciones privilegiadas con las armas en la mano. No cabe duda alguna. La guerra civil comenzará así en las ciudades y el campo, como fue el caso en Rusia. La guerra civil, como lo sabe usted muy bien, no perdona ni las gentes, ni las cosas. Puede provocar la pérdida de la revolución, traer un caos completo. Puede conducir a la ruina a toda la sociedad, porque la gente se devorará una contra otra, como fieras. Para mí, ocurrirá inevitablemente en el campo. ¿Cómo ve usted esa situación?

Es cierto que, entonces, las cosas no pasarán de modo absolutamente pacífico. Habrá luchas, el orden público, esa arca santa de los burgueses, será perturbado, y los primeros hechos que resultarán de semejante situación podrán constituir lo que conviene llamar la guerra civil. (EKG, 8, p. 31)

Sí, será la guerra civil. Pero ¿por qué estigmatizar, por qué temer tanto a la guerra civil? Le pregunto, con la historia en la mano, ¿es de la guerra civil, o del orden público impuesto por una autoridad tutelar cualquiera, de donde salieron los grandes pensamientos, los grandes caracteres y las grandes naciones? Por haber tenido la dicha de evitar la guerra civil durante veinte años, ¿no cayó tan bajo, aquella gran nación, que los prusianos se la comieron de un golpe? Para volver a la cuestión del campo, ¿es preferible tener en contra de nosotros a diez millones de campesinos, unidos como un solo hombre, en una masa unánime y compacta, por el odio que le inspirarán, nuestras violencias y nuestros decretos revolucionarios? ¿O divididos entre sí por esa revolución anárquica, lo que permitirá formar un partido poderoso entre ellos? Pero es preciso que veamos que los campesinos están tan atrasados, precisamente porque la guerra civil no ha dividido todavía el campo. Las masas compactas son rebaños humanos poco aptos al desarrollo y a la propaganda de las

ideas. La guerra civil, al contrario, por dividir esa masa en partidos diferentes, crea las ideas, motivando intereses y aspiraciones distintas. El alma, los instintos humanos no le faltan al campo, lo que le falta es el espíritu. Y bien, la guerra civil les dará ese espíritu. [...] No temamos que la guerra civil, la anarquía*, desemboque en destrucción del campo. Hay en toda sociedad humana un gran fondo de instinto conservador, una fuerza de inercia colectiva, que la salvaguarda contra todo peligro de aniquilamiento, y que hace precisamente a la acción revolucionaria y al progreso tan lentos y tan difíciles. La sociedad europea, hoy día, en las ciudades como en el campo, pero en el campo aún más que en las ciudades, se ha dormido totalmente, ha perdido toda energía, todo vigor, toda espontaneidad de pensamiento y de acción, bajo la égida del Estado. Unas decenas de años más pasados en ese Estado, y ese sueño tal vez se convierta en la muerte. (LF., 7, p. 60)

No temamos que los campesinos se devoren entre sí. Incluso de querer intentar hacerlo al inicio, no tardarían en convencerse de la imposibilidad material de persistir en esa vía. Y entonces se puede estar seguro de que tratarán de entenderse, de transigir y organizarse entre sí. La necesidad de comer y mantener sus familias, y por lo tanto la necesidad de continuar las faenas del campo, la necesidad de garantizar sus casas, sus familias y su propia vida contra ataques imprevistos, todo eso los forzará indudablemente a entrar en la vía de los arreglos mutuos.

Y no creamos tampoco que, en esos arreglos concertados fuera de toda tutela oficial, por la única fuerza de las cosas, los más fuertes, los más ricos, ejerzan una influencia predominante. La riqueza de los ricos, por no estar ya garantizada por las instituciones jurídicas, dejará de ser un poder. Los ricos son tan influyentes hoy por hoy sólo porque, halagados por los funcionarios estatales, están especialmente protegidos por el Estado. Al faltarles este apoyo, su poder desaparecerá simultáneamente. En cuanto a los más astutos, a los más fuertes, éstos serán anulados por el poder colectivo de la masa de los pequeños y de los muy pequeños campesinos, así como de los proletarios del campo, hoy reducido al sufrimiento mudo, pero que el movimiento revolucionario aunará con una irresistible potencia. (EKG, pp. 31-321)

No obstante, no veo bien toda su argumentación. ¿Por qué tendría yo que pensar que la guerra civil sería en efecto el despertar de las iniciativas, del desarrollo intelectual, moral y material del pueblo, y no el de los aspectos contrarios a la sociabilidad y la moral del pueblo? Además, se puede pensar que la libertad hallará en la guerra civil, como fue el caso en Rusia, no un apoyo, sino su propia tumba. En la guerra de todos contra todos, otra salida es poco probable.

La guerra civil, tan funesta a la potencia de los Estados, es, al contrario y a causa de eso mismo, siempre favorable al despertar de la iniciativa popular y al desarrollo intelectual, moral y hasta material de los pueblos. La razón es sencilla: perturba, socava en las masas esa disposición aborregada, tan cara a todos los gobiernos, y que convierte a los pueblos en otros tantos rebaños que llevan a pacer y a trasquilar a mansalva. La guerra civil quiebra la monotonía embrutecedora de su existencia cotidiana, maquinal, vacía de pensamiento, y, forzándolas a pensar en los derechos respectivos de los príncipes o de los partidos que se disputan el derecho de oprimirlas

y explotadas, las conduce con frecuencia a la conciencia sino reflexionada, por lo menos instintiva, de esa profunda verdad, de que los derechos de unos son tan nulos como los de otros y que sus intenciones son igualmente malas. Además, siempre que se despierta sobre un punto el pensamiento ordinariamente dormido de las masas, se extiende necesariamente a todos los demás. La inteligencia del pueblo se mueve, rompe su inmovilidad secular, y, saliendo de los límites de una fe maquinal, quebrando el yugo de las representaciones y de las nociones tradicionales y petrificadas que le había servido de único pensamiento, somete a una crítica severa, apasionada, dirigida por su sentido común y por su conciencia honesta -que valen muchas veces más que la ciencia-a todos esos ídolos de ayer. Así se despierta el espíritu del Pueblo. Con el espíritu nace el instinto sagrado, el instinto esencialmente humano de la rebelión, fuente de toda emancipación, y se desarrollan simultáneamente su moral y su prosperidad material, hijas gemelas de la libertad. Esta libertad, tan bienhechora, para el pueblo, encuentra un apoyo, una garantía y un aliento en la misma guerra civil, que, al dividir a sus opresores, explotadores, tutores o amos, disminuye necesariamente el poderío maléfico de unos y otros. (EKG, p. 67)

Antes de terminar nuestra discusión, le quiero hacer aún una pregunta cuya respuesta correcta tiene una gran importancia para la revolución. La experiencia muestra, y es imposible dudar de ello, que un país, enarbolando la bandera de la revolución social, en plena guerra civil, estará expuesto a los ataques del extranjero. La burguesía internacional, en nombre de su salvación, buscará armar las masas populares engañadas y las incitará a levantarse contra la dominación del pueblo. ¿Se podrá defender el país insurrecto? ¿No será la derrota el resultado de esta guerra civil? ¿Acaso no será entregar la revolución a la rabiosa burguesía internacional, dado el cerco que sufrirá el país en revolución? ¿No conducirá "este combate interior entre los habitantes de cada comuna, al que se agrega aún la lucha de las comunas entre sí" a la victoria de los intervencionistas y al restablecimiento del régimen del Estado Capitalista?

En absoluto. La historia nos prueba que nunca las naciones se sentirán más poderosas fuera, sino cuando se sientan profundamente agitadas y con disturbios por dentro, y que, al contrario, nunca fueron tan débiles sino cuando parecían unidas bajo una autoridad o con algún orden armónico. En el fondo, nada más natural, la lucha es vida y la vida es fuerza. Para estar convencido basta con que comparemos dos épocas, hasta cuatro épocas de la historia de aquí: primero la Francia de después de la Fronda², y desarrollada, curtida por las luchas de la Fronda, bajo la juventud de Luis XIV, con la Francia de su vejez con la monarquía fuertemente asentada, unificada, pacificada por el gran rey. La primera resplandecía de victorias, la segunda fue de derrota en derrota hasta la ruina. Comparemos asimismo la Francia de 1792 con la Francia de hoy. En 1792 y en 1793 Francia estaba literalmente desgarrada por la guerra civil; el movimiento, la lucha, una lucha por la vida y la muerte se encontraba, se reproducía en todos los puntos de la república Y sin embargo Francia repelió victoriosamente la invasión de casi todas las potencias de Europa. En 1870, Francia unida y pacificada bajo el imperio fue vencida por los ejércitos de Alemania y se muestra tan desmoralizada que uno tiembla por su existencia. (LE p. 62)

Notas

Bakunin retorna palabra por palabra una parte de LF

La Fronda: guerra dentro de la clase dirigente en la época de la niñez de Luis XIV

*La palabra anarquía es utilizada por Bakunin indistintamente en el sentido proletario y en el sentido burgués del término. Recordemos que Reclús, aún no la ha definido como la más alta expresión del orden

FUENTES DE LAS CITAS:

Obras en la editorial Stock de James Guillaume y Max Nettlau, seis volúmenes, designados por I, II, etc. Obras en Champ Libre, de Arthur Lehning, nueve volúmenes designados por 1, 2, etc. La Comuna de París y la noción del Estado sólo aparece con ese título en las ediciones rusa y española y en el libro de Fernand Rude De la guerre à la Commune. Este texto se intitula "Segunda entrega del Imperio knuto-germánico" en II y Vol. 8, siendo esta última edición la más completa.

CAI: Circulares a mis amigos de Italia, 1871, 2.

CP: La Comuna de París y la noción del Estado, 1871.

EA: Estatismo y anarquía, 1873, 4.

EKG: El Imperio knuto-germánico y la revolución social, 1871, 8.

FSA: Federalismo, socialismo, antiteologismo, 1867, 1.

INI: La instrucción integral, 1869, V.

LE: Los adormecedores, 1869, V.

LF: Carta a un francés, 1870, 7.

LP: Cartas sobre el patriotismo, I.

OB: Los Osos de Berna y los Osos de San Petersburgo, 1870, II.

PA: Protesta de la Alianza, 1871, VI.

PI: La política de la Internacional, 1869, I.

PR: Programa Obchtchestva Mejdunarodnoy Revolutsiia [programa de la sociedad Internacional de la revolución] 1871, texto en ruso.

TERCERA CONVERSACIÓN:

SOBRE LA CONTINUACIÓN DE LA REVOLUCIÓN SOCIAL Y DEL PERÍODO TRANSITORIO

Durante la última discusión aclaramos la noción de revolución social. Explicamos que, si bien se opone a la situación de opresión no tiene nada en contra de la población. La revolución provocará inevitablemente la guerra civil, porque las clases acomodadas no querrán abandonar de buen grado sus privilegios y, en consecuencia, habrá destrucción no sólo de las cosas, sino también de personas. Vimos igualmente la influencia favorable que la guerra civil tendrá sobre el pueblo, pero no abordamos en absoluto las influencias y las recaídas negativas de esa guerra civil. Y para nosotros, de hecho, no hay lugar a dudas sobre que la guerra civil excitará entre los combatientes todos los lados del pasado profundamente ocultos por el barniz de la cultura, de los instintos animales, instintos de fieras. Arrastrará la peor presión, agudizará el odio de clase y creará lo que llaman "el patriotismo de clase", al destruir y aniquilar con creces numerosos tesoros materiales y culturales, etc. Está claro. Y cuando la revolución social sea victoriosa para el proletariado y para todos los trabajadores en la guerra civil, es decir cuando sean los trabajadores físicamente vencedores de los capitalistas y de los partidarios del Estado, entonces comenzará, aparentemente, un bastante largo y penoso período de reconstrucción de la nueva sociedad sobre la base del comunismo (1) y del anarquismo y del crecimiento, por cierto muy intensivo, de una nueva civilización, de una nueva cultura y de una creación libre en todos los dominios. En consecuencia, me parece que la realización completa de nuestro ideal de la anarquía y del comunismo, sólo será posible tras ese período transitorio de reconstrucción, después de esa etapa de transición, o sea que nuestro ideal, tal como lo concebimos hoy día, será el resultado de un desarrollo progresivo y de la reconstrucción del período que llegue tras la victoria de la revolución social.

Así, a mi parecer, entre la victoria física definitiva del momento sobre el capitalismo y el Estado y el primer día de la realización completa, sin restricción, de nuestro ideal habrá un período más o menos largo que llamo estadio de transición. De eso quiero hablar con usted. Deseo conocer su visión, su punto de vista, su enfoque, su respuesta a los problemas que planteo y su representación del día siguiente de la revolución social. ¿Piensa usted que el día siguiente a la revolución social, como se le llama, se aplicará nuestro ideal -anarquía y comunismo- en todos los detalles o usted reconoce que el progreso social se basa en períodos, fases, y que tras la revolución social habrá un momento de desarrollo lento, y luego, mucho más tarde, una era de fraternidad; dicho de otro modo, la era del cumplimiento total de nuestro ideal, tal como lo concebimos hoy? Subrayo esas últimas palabras porque el ideal es infinito en su desarrollo, eterno y nunca accesible, porque va creciendo a medida del incremento espiritual de la humanidad: la realización completa del ideal significaría el fin definitivo del desarrollo espiritual de la humanidad, lo que resulta imposible.

Quien haya tratado un poco de historia se habrá percatado de que en el fondo de las luchas religiosas y teológicas más abstractas, más sublimes e ideales, siempre hubo

algún interés material. Todas las guerras de razas, de naciones, de Estados y clases, nunca tuvieron otro objetivo sino la dominación, condición y garantía necesarias del disfrute y de la posesión. La historia humana, considerada desde este punto de vista, no es más que la continuación de aquel gran combate por la vida, que, de acuerdo con Darwin, constituye la ley fundamental de la naturaleza orgánica.

En el mundo animal, ese combate se hace sin ideas y sin frases, queda sin solución; mientras exista la tierra el mundo animal se combatirá a sí mismo. Es la condición natural de su vida. Los hombres, animales carnívoros por antonomasia, han empezado su historia por la antropofagia. Tienden hoy por hoy a la asociación universal, a la producción y al disfrute colectivos.

Pero entre estos dos términos, ¡qué tragedia sangrienta y horrible! y aún no hemos terminado con esta tragedia. Después de la antropofagia vino la esclavitud, después de la esclavitud la servidumbre, después de la servidumbre el asalariado, al que debe suceder primero el día terrible de la justicia, y más tarde, mucho más tarde, la era de la fraternidad. Éstas son las fases por las que el combate animal por la vida se transforma gradualmente en la historia, en la organización humana de la vida. (LP, tercer artículo)

-Usted dice que ahora la gente tiende a la asociación, al trabajo colectivo y al consumo generalizados, o sea a la fraternidad universal en una comuna anarquista y comunista. Pero esta comuna, para usted, surge en el período que comienza tras "el día terrible de la justicia", la revolución social. De ahí estas preguntas: ¿habrá, al fin de dicho período, realización instantánea y general de nuestro ideal a escala planetaria? ¿Seguirá esta realización la vía natural de la evolución (claro, sin descartar la participación activa del individuo, su influencia en el devenir del progreso, para colocar en su sitio a la fatalidad), con fases determinadas, que engloben progresivamente cada vez más pueblos, los más cultos, los menos cultivados, y, por fin, los que en la actualidad no han salido todavía de su infancia?

Todas las clases deben desaparecer en la revolución social, excepto las dos masas, el proletariado de las ciudades y el del campo, convertidos en propietarios, probablemente colectivos -bajo formas y condiciones diversas, que serán determinadas en cada localidad, en cada región y en cada comuna por el grado de civilización y por la voluntad de las poblaciones-, uno de los capitales y de los instrumentos de trabajo, otro de la tierra que cultiva con sus brazos; y que se organizarán equilibrándose mutua, natural, necesariamente, empujados por las necesidades y los intereses recíprocos de una manera homogénea y al mismo tiempo perfectamente libre. (CAI, p. 302)

Organización de la sociedad por la libre federación, de abajo arriba, de las asociaciones obreras tanto industriales como agrícolas, tanto científicas como artísticas y literarias, en la comuna primero; federación de las comunas en las regiones, de las regiones en las naciones, y de las naciones en la Internacional fraternal.

En cuanto al modo de organización de la vida social, del trabajo y de la propiedad colectiva el programa de la Internacional no impone nada que sea absoluto. La Internacional no tiene ni dogmas, ni teorías uniformes. En este ámbito, como en toda

sociedad viviente y libre, muchas teorías diferentes se agitan en su seno. Pero ella acepta como base fundamental de su organización el desarrollo y la organización espontánea de todas las asociaciones y de todas las comunas en completa autonomía, a condición de que, sin embargo, las asociaciones y las comunas tomen como base de su organización los principios generales ya expuestos, principios que son obligatorios para todos los que quieren formar parte de la Internacional. Para el resto, la Internacional cuenta con la acción saludable de la propaganda libre de las ideas y sobre la identidad y el equilibrio natural de los intereses. (CAI, p. 300)

En fin, no digo que el campo se reorganizará así, de abajo arriba, libremente, y creará a la primera vez una organización ideal, conforme en todos los puntos a la que imaginamos y en la que soñamos... De lo que estoy convencido es que será una organización viviente, mil veces superior y más justa que la que existe en la actualidad, y que por otra parte, abierta a la propaganda activa de las ciudades de un lado, y de otro, por no poder nunca fijarse, ni ser por así decir petrificada por la protección del Estado ni por la de la ley -porque ya no habrá ni ley ni Estado-, podrá progresar libremente, desarrollarse y perfeccionarse de una manera indefinida, pero siempre viva y libre, nunca decretada ni legalizada, hasta llegar por fin a un punto tan razonable como puede desearse y esperarse hoy.

Como la vida y la acción espontánea, suspendidas durante siglos por la acción, por la absorción todopoderosa del Estado, se devolverán a las comunas por la abolición de Estado, es natural que cada comuna tome como punto de partida de su desarrollo nuevo, no el estado intelectual y moral en que la ficción oficial la supone, sino el estado real de la civilización, y como el grado de civilización real es muy diferente entre las comunas de Francia, lo mismo que entre las de Europa, resultará necesariamente una gran diferencia de desarrollos, lo que tendrá por consecuencia, quizá, primero la guerra civil de las comunas entre sí; luego inevitablemente la alianza mutua y el acuerdo, la armonía y el equilibrio establecidos entre ellas. Habrá una vida nueva y un mundo nuevo. (LE pp. 61-62)

Ya expuesto el aspecto general del período transitorio, quisiera respuestas sobre algunos puntos. Usted dice que para las preguntas sobre la organización de la vida social, sobre el trabajo colectivo y sobre la propiedad social no se pueden dar contestaciones de antemano en todos sus detalles. Es verdad, pero supongo que no se niega a satisfacer mi interés legítimo sobre algunos detalles muy esenciales. Quisiera saber, por ejemplo, su postura sobre la burguesía vencida y sus hijos que, como sus padres, por no estar obligados a trabajar y por estar criados en un espíritu antisocial, podrían representar un peligro para la existencia de las nuevas formas de sociedad. ¿Cómo conducirse con quien no quiera atender la producción, el trabajo social útil? ¿Será forzado a hacerlo por una medida, una influencia obligatoria y la imposición o habrá sencillamente que soportarlo en su medio, como un parásito?

El socialismo hará una guerra inexorable a las "posiciones sociales", no a los hombres; y destruidas y quebradas esas posiciones, los hombres que las habían ocupado, desarmados y privados de todos los medios de acción, se volverán inofensivos y mucho

menos poderosos, se lo aseguro, que el obrero más ignorante. En efecto, su poder actual no está en sí mismos, sino en su riqueza y en el apoyo del Estado.

La revolución social, por lo tanto, no solamente los perdonará, sino que, tras abatirlos y privarlos de sus armas, los reunirá y les dirá: "Y ahora, queridos compañeros, como se han convertido en nuestros iguales, es necesario que trabajen normalmente con nosotros. En el trabajo, como en todo, el primer paso es difícil, y los auxiliaremos a superarlo". Entonces quienes, robustos y válidos, no quieran ganarse la vida por el trabajo, tendrán el derecho a morir de hambre, a menos de resignarse a subsistir humilde y miserablemente de la caridad pública, que a buen seguro no les negará, por cierto, lo estrictamente necesario.

En cuanto a los niños, no hay que dudar en absoluto que se convertirán en sólidos trabajadores y hombres iguales y libres. En la sociedad habrá por supuesto menos lujo, pero incontestablemente más riqueza; y, además, habrá un lujo hoy por hoy ignorado por todos, el lujo de la humanidad, de la felicidad del pleno desarrollo y de la plena libertad de cada uno en la igualdad de todos. (CAI, p. 302)

Usted plantea una cuestión sumamente importante, en la que es necesario detenerse, es el problema del trabajo obligatorio y voluntario. ¿Cómo se debe resolver esta cuestión, desde su punto de vista, durante el período de transición?

[Puede tener parte de mi posición sobre la pretendida "libertad del trabajo" (capitalista) en mi respuesta a Mazzini] "ella existió ya, y todo el sistema burgués está fundado en esa libertad." (CAI p. 287)

[Nuestro ideal, presente en la Internacional, está en el pueblo]: "Este ideal presenta, naturalmente, al pueblo en primer lugar el fin de la miseria, de la pobreza y la satisfacción completa de todas las necesidades materiales por medio del trabajo colectivo, obligatorio e igual para todos." (EA, ed. 2004, p. 41)

El trabajo obligatorio es para usted el fundamento de la nueva sociedad. Pero la obligación no es la imposición, y este concepto puede extenderse, por ejemplo, apoyándose en el trabajo obligatorio, ¿no aplicará usted una imposición sobre los que llamamos ociosos, perezosos y parásitos, que intentarán explotar a sabiendas el trabajo de las comunas?

Nadie podrá ya explotar el trabajo de los demás: cada uno estará obligado a trabajar para vivir y quien no desee trabajar, será libre de morir de hambre, si no está socorrido por alguna asociación o comuna que aceptara alimentarlo por piedad. Pero se encontrará entonces, es muy verosímil, justo no reconocerle derecho político alguno, ya que, teniendo la capacidad de trabajar, preferirá estar en una situación vergonzosa y vivir del trabajo ajeno: no habrá en efecto ningún otro fundamento a los derechos políticos y sociales que el trabajo aportado por cada uno. No obstante casos de este tipo podrán darse únicamente en el período transitorio, cuando haya aún, desgraciadamente, en el mundo un cierto número de individuos formados por el sistema actual de la injusticia y de los privilegios, y no educados en la conciencia de la justicia y de la verdadera dignidad humana, e igualmente del respeto y de la

costumbre del trabajo. Para tales individuos, la sociedad revolucionaria o vuelta revolucionaria se enfrentará a un penoso dilema: forzarlos a trabajar, lo que sería despotismo, o dejar que los exploten algunos ociosos, lo que sería esclavitud y una fuente de corrupción para toda sociedad.

En una sociedad organizada sobre la base de la igualdad y de la justicia, que sirve de cimiento a la verdadera libertad, con un enfoque razonable de la educación y de la formación, y bajo la presión de la opinión pública, no será posible no despreciar a los ociosos, porque esta sociedad estaría fundada en el respeto al trabajo. En tal sociedad el ocio y el parasitismo serán imposibles. Convertidos en excepciones sumamente escasas, se considerarán justamente como una suerte de enfermedad, que será tratada en los hospitales. (PR)

Llegamos, como lo puede ver, al problema de la sanción en la sociedad futura. Usted rechaza categóricamente el trabajo forzado de los haraganes y el castigarlos, dejándolos en su propia condición, o dependientes de la generosidad de la sociedad. Pero ¿cómo se protegerá la sociedad de esos individuos incorregibles? ¿No deberá en ese caso decidirse a castigarlos?

La educación, la instrucción y la organización de la sociedad fundada sobre la libertad y la justicia deben sustituir a la sanción. Durante todo el período transitorio, más o menos largo, que necesariamente seguirá a la revolución social, la sociedad -para defenderse de los individuos incorregibles (no criminales, sino peligrosos)- no les aplicará nunca otro castigo que apartarlos del marco de sus garantías y de su solidaridad. (PR)

En lo que concierne a la obligación del trabajo para todos, una cuestión muy delicada se plantea: ¿cómo las personas del mundo de la ciencia y de la cultura cumplirán esa obligación? ¿Qué sucederá con la ciencia y las artes, con todo lo que la humanidad ha asociado con el progreso? ¿No se corre el riesgo de rebajar las grandes personalidades con el trabajo físico al nivel de las más vulgares? Luego, la retribución del trabajo intelectual. ¿Cómo lo pagaría usted o, tal vez, no consideraría de ningún modo útil retribuir ese tipo de trabajo?

Todas las obras aisladas de la inteligencia individual, todas las obras del espíritu, en tanto que invención, no en tanto que aplicación, deben ser obras gratuitas. Pero entonces, ¿de qué vivirán los hombres de talento, los hombres de genio? ¡Eh, por Dios! Vivirán de su trabajo manual y colectivo como los demás. ¡Cómo! ¿Usted quiere obligar a las grandes inteligencias a un trabajo manual lo mismo que las inteligencias más inferiores? Sí, nosotros lo queremos, y por dos razones. La primera, es que estamos convencidos de que las grandes inteligencias, lejos de perder algo, al contrario ganarán mucho en salud para el cuerpo y en vigor espiritual, y sobre todo en espíritu de solidaridad y de justicia. La segunda, es que es el único medio de elevar y de humanizar el trabajo manual, estableciendo con eso una igualdad real entre los hombres. (LE, pp. 127-128)

Puesto que estamos en esa cuestión delicada, me parece que es deseable, antes de poner un punto final a nuestra discusión, aclarar otros aspectos en este dominio.

Primero, con lo que ha dicho no se puede concluir que, tras la revolución social, como lo pretenden algunos, todos serán sabios por igual. Segundo, ¿quiénes atenderán las ciencias, si los científicos tienen que trabajar físicamente? Por fin, si todos son efectivamente cultos, ¿quiénes van a trabajar? Además, ¿qué pasará con los científicos de la sociedad burguesa durante el período transitorio: podrán ser aún útiles para el nuevo régimen? Y, finalmente, ¿no se producirá, a causa de la generalización del trabajo, un bajón de la ciencia, al menos, durante el período transitorio; no será el comienzo de lo que llaman la disminución organizada de la cultura?

Nos parece que se engañan profundamente los que imaginan que todos serán igualmente sabios después de la revolución social. La ciencia como ciencia -mañana lo mismo que hoy-será una de las numerosas especialidades sociales, con esta sola diferencia: que esa especialidad, accesible hoy a los individuos pertenecientes a las clases privilegiadas solamente, será luego, cuando desaparezcan las distinciones de clase para siempre, accesible a todos los que tengan vocación o deseo de estudiar, pero no a expensas del trabajo común manual, que será obligatorio para todos.

Un patrimonio común será sólo la instrucción científica general y sobre todo la enseñanza del método científico, el hábito de pensar, es decir, de generalizar los hechos y de deducir conclusiones más o menos correctas. (EA, ed. 2004, p. 160)

Pero si todo el mundo está instruido ¿quiénes querrán trabajar?, nos preguntan. Nuestra respuesta es sencilla: todos deben trabajar y todos deben instruirse. A eso, contestan a menudo que la mezcla del trabajo industrial con el trabajo intelectual no podrá ocurrir sino a expensas de uno y de otro: los trabajadores serán malos científicos y los científicos siempre serán tristes obreros. Sí, así es en la sociedad actual, en la que tanto el trabajo manual como el trabajo de la inteligencia son igualmente falseados por el aislamiento muy artificial al que se los condena a ambos. Pero estamos convencidos de que en el hombre viviente y completo, cada una de esas dos actividades, muscular y nerviosa, debe ser igualmente desarrollada y que, lejos de dañarse mutuamente, cada una ha de apoyar, ampliar y fortalecer a la otra. La ciencia del científico se hará más fecunda, más útil y más amplia cuando el científico no ignore ya el trabajo manual, y el trabajo del obrero educado será más inteligente y por consiguiente más productivo que el del obrero ignorante.

De ahí que, por el interés mismo del trabajo tanto como el de la ciencia, es preciso que ya no haya ni obreros ni científicos, sino sólo hombres.

Resultará de ello que los hombres que, por su inteligencia superior, hoy en día están encerrados en el mundo exclusivo de la ciencia y, afincados ya en ese mundo, aceptando la necesidad de una posición muy burguesa, hacen funcionar todas sus invenciones para la utilidad exclusiva de la clase privilegiada de la que forman parte. Aquellos hombres, una vez que se vuelvan realmente solidarios con todo el mundo -solidarios, no en imaginación y en palabras únicamente, sino en los hechos, por el trabajo-harán funcionar también necesariamente los descubrimientos y las aplicaciones de la ciencia para utilidad de todo el mundo, y ante todo para el alivio y el ensalzamiento del trabajo, esa base, la única legítima y la única real, de la humana sociedad.

Es posible e incluso muy probable que en la época de transición más o menos larga que sucederá naturalmente a la gran crisis social, las ciencias más elevadas caigan considerablemente por debajo del nivel actual. Como resulta indudable también que el lujo, y cuanto constituyen los refinamientos de la vida, deberán desaparecer de la sociedad por mucho tiempo, y podrán reaparecer, no ya como disfrute exclusivo sino como un noble ascenso de la vida de todos, cuando la sociedad haya conquistado lo necesario para todo el mundo. ¿Pero será una desgracia tan grande ese eclipse temporario de la ciencia superior? ¿Lo que pierda en elevación sublime, acaso no lo ganará al ampliar su base? Sin duda habrá menos ilustres científicos, pero al mismo tiempo habrá infinitamente menos ignorantes. Ya no habrá esos pocos hombres que alcanzan el cielo, sino por el contrario, millones de hombres, hoy por hoy envilecidos, aplastados, caminarán como humanos en la tierra. Nada de dioses a medias, nada de esclavos. Los dioses a medias y los esclavos se humanizarán a la vez, unos descendiendo algo, otros ascendiendo mucho. Ya no habrá, pues, sitio ni para la divinización ni para el desprecio. Todos se darán la mano y, al aunarse, todos caminarán con una andadura nueva hacia nuevas conquistas, tanto en la ciencia como en la vida. [...] Y estamos convencidos de que una vez conquistada esa base nueva, los progresos de la humanidad, tanto en la ciencia como en la vida, superarán muy rápido cuanto hemos tenido y todo lo que podamos imaginarnos hoy en día. (INI, pp. 145-147)

FUENTES DE LAS CITAS:

Obras en la editorial Stock de James Guillaume y Max Nettlau, seis volúmenes, designados por I, II, etc. Obras en Champ Libre, de Arthur Lehning, nueve volúmenes designados por 1, 2, etc. La Comuna de París y la noción del Estado sólo aparece con ese título en las ediciones rusa y española y en el libro de Fernand Rude *De la guerre à la Commune*. Este texto se intitula "Segunda entrega del Imperio knuto-germánico" en II y Vol. 8, siendo esta última edición la más completa.

CAI: Circulares a mis amigos de Italia, 1871, 2.

CP: La Comuna de París y la noción del Estado, 1871.

EA: Estatismo y anarquía, 1873, 4.

EKG: El Imperio knuto-germánico y la revolución social, 1871, 8.

FSA: Federalismo, socialismo, antiteologismo, 1867, 1.

INI: La instrucción integral, 1869, V.

LE: Los adormecedores, 1869, V.

LF: Carta a un francés, 1870, 7.

LP: Cartas sobre el patriotismo, I.

OB: Los Osos de Berna y los Osos de San Petersburgo, 1870, II.

PA: Protesta de la Alianza, 1871, VI.

PI: La política de la Internacional, 1869, I.

PR: Programa Obchtchestva Mejdunarodnoy Revolutsiia [programa de la sociedad Internacional de la revolución] 1871, texto en ruso.

Notas

Aunque en las preguntas de Maximov se utiliza repetidas veces este término, cabe aclarar que Bakunin prefería hablar de colectivismo y no de comunismo, pues, asociándolo con la escuela alemana, descontaba el carácter autoritario y estatalista de este último. Tampoco acordaba con la divisa "de cada cual de acuerdo con sus posibilidades y a cada cual de acuerdo con sus necesidades" -retomada luego por los anarco comunistas-, sino que opinaba que la retribución a cada uno debía ser proporcional a su aporte al trabajo colectivo. (N. del E.).



Grigori Petrovitch Maximov nació el 10 de noviembre de 1893 en la aldea rusa de Mitsuchino en la provincia de Smolensk. Se graduó en la Academia de Agricultura en 1915.

Descubrió dos libros del anarquista Mikhail Bakunin en una biblioteca provincial y fue profundamente influenciado por ellos, llamándose a sí mismo anarquista desde la edad de 17 años. Hizo propaganda para el anarquismo y participó activamente en el movimiento estudiantil.

En 1917 regresó a San Petersburgo y estuvo activo en los ataques de febrero que llevaron a la caída del zar al comienzo de la revolución rusa. En agosto, se unió al comité editorial del periódico anarcosindicalista Golos Truda (Voz del trabajo).

Se unió al Ejército Rojo, pero cuando los bolcheviques lo utilizaron para el trabajo policial y para desarmar a los trabajadores, se negó a obedecer las órdenes y fue condenado a muerte. Las acciones de solidaridad del sindicato de trabajadores metalúrgicos salvaron su vida y lo llevaron a su liberación.

Maximov fue uno de los primeros en usar el término "capitalismo de estado" para definir lo que pensaba que los bolcheviques establecerían en la Unión Soviética.

Fue arrestado el 8 de marzo de 1921, poco después de la redada sobre la Confederación Anarquista Nabat en Kharkov durante la revuelta de Kronstadt. Se unió a Voline, Yarchuk, Aron Baron y Mark Mratchny en la prisión de Taganka en Moscú.

Cuatro meses después, él y otros anarquistas se declararon en huelga de hambre durante 10 días y medio. Los sindicalistas de Europa occidental que asistían a un congreso de la Red Trade Union International (Profintern) intervinieron y obtuvieron la liberación de la mayoría de los anarquistas que fueron expulsados de Rusia y terminaron en Berlín. Aquí Maximov participó en la fundación de la Asociación Internacional de Trabajadores (IWA-AIT).

Se mudó a París en 1924 y luego a los Estados Unidos, donde se estableció en Chicago. Trabajó como tapicero y editó el periódico de IWW Golos Truzhenika (Voz del trabajador).

Publicó La guillotina en el trabajo, su exposición de la represión bolchevique, en 1940. Plagado de problemas cardíacos, murió repentinamente el 16 de marzo en Chicago, 1950.